

**UN NOVIAZGO CASTO
es fuente de fortaleza y fidelidad
en las cruces del matrimonio**

Querido Padre:

Pensando en esta historia que me ha pedido que relate como testimonio, y mientras estaba en oración, el Señor me regaló una luz en el entendimiento para comprender que mi fuerza en la espera, el no haber bajado los brazos ante tantas dificultades en el matrimonio que parecían iban a ser eternas por irremediables, esa fuerza la había modelado desde mi noviazgo, en el amor puro y casto de novios, que no fue fácil mantenerlo hasta llegar al altar

Un día milagroso, con asombro, al despertar, me encontré en los brazos de mi esposo, mi cabeza sobre su pecho y sus manos grandotas y firmes acariciaban mis cabellos. Gestos comunes en el matrimonio, pero desde hacia años ya no lo eran más en el mío. Un largo silencio, de varios años había terminado haciéndose indiferencia, en un largo proceso de dolor y resentimiento.

Una enfermedad (diabetes) y una adicción (alcohol) dejaron su secuela en él: impotencia, no tratada, ni charlada. Su pena se hizo barrera que anuló el diálogo; el mismo lecho, el mismo hogar, los mismos esposos, pero todo trastocado, y fuimos dos sobrevivientes, compartiendo el desapacible acto diario de la convivencia.

Cerré mi boca y mi corazón con la llave del orgullo, aparente sosiego que escondía hastío.

Por todo lo que había sufrido desde mi infancia, sabía que podía enfrentar el desierto de la incomprensión nuevamente en mi matrimonio. Pero esta vez no sucedería lo mismo...

Jesús Sacramentado me llamó, oí su voz y corrí a su lado, misa y comunión diaria, frecuentes visitas al sagrario, me dieron fortaleza y amor hecho servicio, el silencio, la oración, mis lágrimas, esperanza, bebí de la fuente de la FE, acepté mi presente, amé mi realidad: "Que yo quiera TU querer, Señor" repetía mi corazón. Experimenté la fortaleza en el período de abstinencia sexual, fruto de un noviazgo puro

Mi asombro de hoy es porque nada pido, nada reclamo, nada exijo, todo lo espero de mi Señor. Ahora tengo a mi lado un hombre recuperado y enamorado que me susurró muy quedo: ¡nada me reprochaste! Le respondí: - ¡sentí más dolor por vos, que por mí!"

Sobraba el decirlo con palabras. Se lo había venido diciendo con mi actitud. Ahora estamos descubriendo que, como en las bodas de Caná, el mejor vino llega después. Feliz el matrimonio que llegado el tiempo del vino añejo, saben degustarlo con placer. ¡Caridad embriagadora que te entregas en gozo y canto, con sabor a eternidad!

Amalia